

REACOMODO DE FUERZAS EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN

Carlos Murillo Zamora

Doctor en Ciencias Políticas y académico de la Escuela de Relaciones Internacionales, UNA

- Friedman, T. 2007. *The World is Flat. A Brief History of the Twenty-First Century*. New York; Picador
- Zakaria, F. 2008. *The Post-American World*. New York; W. W. Norton Company.
- Goldman, M. 2008. *Petrostate. Putin, Power and the New Russia*. New York; Oxford University Press.

La globalización no es un fenómeno nuevo, pues inició hace siglos conforme los contactos entre pueblos de distintos rincones del planeta comenzaron a intercambiar experiencias y a influirse mutuamente. Lo novedoso es la dinámica y consecuencias que genera la globalización a inicios del siglo XXI. Por eso, Thomas Friedman, columnista de *The New York Times*,¹ sugiere que se trata de la versión 3.0; reconocien-

do que hay diferencias importantes con las dos versiones precedentes e introduciendo variantes significativas en las relaciones de poder de las grandes potencias, especialmente de aquellas que dominaron el orden internacional del siglo XX: Estados Unidos (EE. UU.) y Unión Soviética/Rusia. Por lo tanto, es necesario observar algunos elementos y factores que serán determinantes en las relaciones internacionales del presente siglo, como lo sugieren Fareed Zakaria, antiguo editor de *Newsweek* y de *Foreign Affairs*, considerado uno de los 100 intelectuales más influyentes en el mundo; y Marshall Goldman, profesor del Centro Davis para Estudios Rusos de la

¹ T. Friedman es columnista de *The New York Times*. Ha publicado *The Lexus and the Olive Tree* (1999), *Longitudes and Attitudes: exploring the world after September 11* (2000) y *Hot, Flat, and Crowded. Why We Need a Green Revolution* (2008), entre otros.

Universidad de Harvard y antiguo asesor del presidente estadounidense sobre Rusia.

Por ende, no se puede tener una visión clara y panorámica del sistema internacional de hoy sin considerar el verdadero dinamismo y repercusiones en todos los ámbitos del quehacer individual y colectivo de la globalización –diferenciándolo del globalismo, sobre todo económico–. De ahí la necesidad de ahondar sobre una distinta perspectiva de la acción exterior de dos grandes potencias, que enfrentan los desafíos de un mundo apolar –para utilizar la concepción de Richard Haass–.²

Los analistas internacionales y, en general, los tomadores de decisiones y cualquier persona interesada en los asuntos mundiales deben observar las nuevas reglas que condicionan y hasta determinan el juego de poder en el mundo de posguerra fría. Un escenario muy distinto de aquel que caracterizó al siglo XX, lo cual obliga a romper casi todas las “cárceles conceptuales” –para usar la terminología de James Rosenau– que nos mantienen atados a un pasado que cada vez se hace más distante, no solo en términos de la naturaleza del orden y los actores internacionales, sino también en función entre esos distintos agentes y entre lo doméstico y lo global.

La versión 3.0 de la globalización

Esta nueva fase de la globalización ha hecho que el mundo pase de ser pequeño a ser enano; superando la fuerza dinamizadora de los estados, que caracterizó la

versión 1.0, y de las grandes empresas transnacionales, que dominó la 2.0. Hoy tal fuerza está dada por la capacidad individual para colaborar y competir globalmente, creando una plataforma propia de un mundo plano. Esto lo describe T. Friedman, es su libro *The World is Flat*,³ en los siguientes términos:

...la globalización 3.0 difiere de las eras previas no solo en cómo está encogiendo y aplanando el mundo y en cómo está empoderando a los individuos. También es diferente de la globalización 1.0 y 2.0 que fueron conducidas principalmente por individuos y empresas europeas y estadounidenses... Porque está aplanando el mundo y encogiéndolo, la globalización 3.0 está yendo más y más allá de ser conducido no solo por individuos, sino también por grupos de individuos mucho más diversos –no occidentales y no blancos–. Los individuos de cualquier esquina del mundo plano están siendo empoderados. La globalización 3.0 hace posible que mucha gente se conecte más fácilmente, y usted estará viendo todo el color del arcoíris humano.

Así la dinámica generada por la globalización constituye un punto de inflexión, que bien puede compararse con la invención de la imprenta de Gutenberg o la revolución industrial; pues hoy –sobre todo en países con escaso o limitado desarrollo tecnológico e infraestructura material, como

² Véase Haass, R. 2008b. “The Age of Nonpolarity. What Will Follow U.S. Dominance”. *Foreign Affairs*. May/June. Disponible: <http://www.foreignaffairs.org>. Revisado: 12 de julio del 2008.

³ El libro fue originalmente publicado en el año 2005; sin embargo, es hasta el 2007 que fue publicado por la editorial Picador en pasta suave (paperback) y con una versión actualizada y aumentada.

la gran mayoría del antiguamente llamado “tercer mundo” – es más ágil comunicarse con personas alrededor del mundo que con alguien en el pueblo vecino; pero sobre todo más barato. Para una empresa o un estadounidense significa un ahorro contratar a un contador en Bangalore, India, y enviarle la información por vía electrónica, que a uno en cualquier ciudad de EE. UU., para que elabore la declaración de impuestos. Esto, como señala Friedman, no es solo una decisión económica con repercusiones en los negocios, sino con efectos en el quehacer individual y en la civilización misma.

Este autor, quien escribe en primera instancia para la población estadounidense, identifica diez fuerzas que están contribuyendo a hacer el mundo plano y redefinir las relaciones entre pueblos e individuos. Esas fuerzas son:

- una nueva era de creatividad: que redefine incluso las ideologías;
- la nueva era de la conectividad: dominada por la red mundial (*World Wide Web*);
- *software* sobre flujo de trabajo: que permite desarrollar el “teletrabajo” y reducir costos;
- *uploading*: utilizando el poder las comunidades: la conectividad no solo permite la comunicación, sino que facilita la difusión de información y empodera a las comunidades;
- *outsourcing*: revolucionando la actividad empresarial al trasladar funciones a otras compañías;
- *offshoring*: otra revolución en los negocios al trasladar una función de un lugar a otro;
- cadena de suministros: redefiniendo el trabajo y la producción;
- *insourcing*: también en el ámbito de los negocios para garantizar la calidad del servicio;
- *in-forming*: que desarrolla las habilidades individuales como las anteriores fuerzas lo hacen para las empresas, originada en los motores de búsqueda en Internet (Google, Yahoo);
- esteroides: digitalización de la información y su almacenamiento (USB, MP3, MP4).

Esas fuerzas han introducido nuevas variables en la toma de decisiones tanto de empresas e individuos como de estados, lo que incide en la conducta externa y la política exterior de estos, como queda en la redefinición de objetivos y acciones de EE. UU. y Rusia, como lo señalan Zakaria y Goldman. Por eso, Friedman concluye afirmando:

El aplanamiento del mundo, como he tratado de demostrar en este libro, nos ha presentado nuevas oportunidades, nuevos desafíos, nuevos socios, pero también, ay, nuevos peligros, particularmente como estadounidenses. Es imperativo que encontremos el balance correcto entre todos ellos. Es imperativo que seamos los mejores ciudadanos globales que podamos ser –porque en un mundo plano, si usted no visita un mal vecindario, este podría visitarlo a usted. Y es imperativo que mientras permanezcamos vigilantes a las nuevas amenazas, no nos paralicemos.

¿Hay un mundo posestadounidense?

El libro de F. Zakaria sobre la situación actual de Estados Unidos como superpotencia y garante del orden internacional de posguerra fría parece estar orientado a convertirse en uno de esos libros de lectura indispensable para los especialistas en Relaciones Internacionales, como en el pasado reciente lo fueron los de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia, Paul Kennedy sobre el ascenso y caída de las superpotencias y Samuel Huntington sobre el choque de civilizaciones. Ello porque no se trata de un libro más acerca de cómo declinará EE. UU., sino sobre cómo han surgido los demás países y están planteando nuevos desafíos al poderío estadounidense a escala mundial. Y ello ocurre, a diferencia de la experiencia británica a finales del siglo XIX, a la vista de toda la población en el país y el mundo, pues la revolución tecnológica que analiza T. Friedman permite tener una visión de los fenómenos en tiempo real.

EE. UU. como la potencia hegemónica que estableció las reglas del juego internacional y sigue conduciéndolas, pero con la intervención de otros actores estatales y no estatales, enfrenta un nuevo escenario que no era concebible bajo las premisas de la teoría de la estabilidad hegemónica. Ese nuevo escenario incluye numerosos aspectos, entre los que Zakaria destaca:

Mire alrededor. El más alto edificio del mundo está en Taipei, y pronto estará en Dubai. Su más grande compañía de publicidad está en China. Su más grande refinería está siendo construida en

India. Su más grande avión de pasajeros es construido en Europa. El fondo de inversión más grande del planeta es en Abu Dhabi; la más grande industria del cine es Bollywood, no Hollywood. Una vez el icono estadounidense por excelencia ha sido usurpado por nativos. La más grande rueda de Chicago está en Singapur. El casino más grande está en Macao, el cual superó a Las Vegas en ganancias de juego el año pasado. Estados Unidos no domina más su deporte favorito: las compras. El Mall de América en Minnesota la alardeado como el centro de compras más grande en el mundo. Hoy no estaría entre los diez primeros. En el más reciente recuento, solo dos de la gente más rica del mundo está en Estados Unidos. Estas listas son arbitrarias y un poco tontas, pero consideren que solo hace diez años, los Estados Unidos habrían estado en la cima de todas esas categorías.

Lo cierto es que EE. UU. en este momento no ejerce un rol hegemónico a escala global, a pesar de su claro dominio en el ámbito militar. Hoy comparte la gestión internacional, sobre todo en lo económico, con otros actores —algunos no estatales—; sin embargo, ello no quiere decir que no ejerza una influencia significativa en lo político, económico, social y cultural, pero no es el factor determinante del orden mundial. Por consiguiente, el mundo continúa estando basado en los principios y normas introducidas por Estados Unidos desde mediados del siglo XX; lo que no es posible

es que se sigue hablando de un orden internacional estadounidense. Es decir, no hay una ruptura con la pasada centuria; y aunque la arquitectura del sistema mundial continúa siendo la misma, la presencia de nuevos actores hace que algunas reglas básicas hayan variado, generando un mundo distinto.

Este fenómeno de cambio de potencia hegemónica o de estado líder al frente del concierto de estados no es nuevo, ha pasado en otras coyunturas mundiales. Esto lo destaca el mismo Zakaria cuando anota:

Estamos viviendo a través del tercer cambio de gran potencia en la historia moderna. La primera fue el ascenso del mundo occidental, alrededor del siglo XV. Esto produjo el mundo como lo conocemos ahora –ciencia y tecnología, comercio y capitalismo, las revoluciones industrial y agrícola–. También condujo al prolongado dominio de las naciones del mundo occidental. El segundo cambio, que tuvo lugar al cierre del siglo XIX, fue el surgimiento de Estados Unidos. Una vez industrializado, pronto llegó a ser la nación más poderosa en el mundo, más fuerte que cualquier combinación de otras naciones. En los pasados veinte años, el estatus de superpotencia de Estados Unidos en cualquier ámbito ha sido difícilmente desafiado –algo que nunca ha ocurrido antes en la historia, al menos desde que el Imperio Romano dominó el mundo conocido hace 2000 años. Durante la Pax Americana, la economía global ha acelerado dramáticamente. Y esa expansión es la conductora más allá del tercer cambio de gran potencia de la edad moderna –el surgimiento del resto.

La diferencia con los dos cambios anteriores identificados por Zakaria es que en esta oportunidad la potencia dominante continúa teniendo un papel protagónico junto a los nuevos protagonistas. Por lo tanto, no es posible hablar de un nuevo orden, sino de un orden posestadounidense.

Ahora bien, cabe preguntarse, como lo hace F. Fukuyama,⁴ si realmente EE. UU. está preparado para ese nuevo orden internacional; para Zakaria la sociedad estadounidense lo está, la cuestión es si el gobierno también lo está. Fukuyama señala: “...las condiciones en la economía global han cambiado en formas dramáticas, y no pienso que las presunciones que apoyaron el mundo de guerra fría, o este extendido periodo de hegemonía estadounidense, vayan a ser suficientes para guiarnos en el mundo que está emergiendo.” Y coincide con Zakaria cuando advierte:

No es una historia acerca de la declinación estadounidense. Los Estados Unidos permanecen como la potencia dominante en el mundo, sino lo que está ocurriendo es que el resto del mundo nos está alcanzando. El cambio de poder en términos de ingresos económicos es muy dramático. Rusia, China, India y los estados del Golfo Pérsico están creciendo mientras Estados Unidos está hundiéndose en una recesión; algo que subyace las profundas diferencias en una forma que el resto del mundo ha llegado a ser desenganchado de la economía estadounidense.

⁴ Véase Fukuyama, F. 2008. “Is America Ready for a Post-America World?”. *The American Interest*. July 7. Disponible: <http://www.reflectioncafe.net/2008/07/is-america-ready-for-post-american.html>. Revisado: 12 de julio de 2008.

Las transiciones son siempre complejas, sobre todo cuando se prolongan por periodos considerables; pues son momentos, como dice el analista costarricense Constantino Urcuyo, en que lo nuevo no ha terminado de nacer y lo viejo no termina de morir. Pero también porque la transición es un momento en donde algunos sectores siguen anclados en el pasado y ven el futuro en forma pesimista; mientras que otros grupos adoptan visiones optimistas sobre lo que comienza a construirse. Pero si durante esta coyuntura aparecen desafíos antes desconocidos y surgen actores no estatales que operan con reglas distintas y escapan a las regulaciones de los marcos institucionales establecidos por los

estados, el fenómeno genera más incertidumbre. Sin embargo, la realidad no espera a quienes se queden rezagados y tampoco da oportunidad para que aquellos que no estén preparados se adapten al nuevo escenario. Por eso, más allá de si EE. UU. está preparado para el nuevo orden internacional y si los nuevos retadores (sobre todo Rusia y China) están listos para jugar con las reglas que el mundo posestadounidense tendrá, lo cierto es que estamos frente al sistema internacional del siglo XXI, lo queramos o no. Entonces, la cuestión es cómo los estados grandes y pequeños y las comunidades de cualquier naturaleza deben prepararse para enfrentar los nuevos desafíos y oportunidades.

¿Es Rusia un nuevo actor clave en el mundo del siglo XXI?

Rusia, ya sea bajo el imperio zarista, el régimen soviético o la actual Federación Rusa, ha estado presente a lo largo de la historia internacional de los últimos siglos. Su ubicación geopolítica y estratégica, su carácter de potencia euroasiática, la existencia de once husos horarios y la riqueza de su territorio le ha permitido ser protagonista en su "vecindario más cercano" y allende en numerosos momentos y coyunturas. Y ahora, gracias a la convergencia de diversos factores políticos, económicos y estratégicos, parece ser de nuevo un referente en la historia del siglo XXI.

Aprovechando la dinámica del mercado petrolero está camino –si es que no lo ha logrado ya– a convertirse en un "petroestado", pues no solo ha superado a Arabia Saudita como proveedor de recursos energéticos a Europa y otros países y está contribuyendo a disminuir la dependencia estadounidense de los hidrocarburos del Medio Oriente, sino que en algunos casos es la única fuente de suministro de esa materia, como lo demuestra M. Goldman en su libro *Petrostate. Putin, Power, and the New Russia*.

Moscú ha logrado conectar las fuentes de petróleo y gas natural de Siberia con Europa y el Mar Negro mediante un complejo sistema de gasoductos, el cual se extiende cada vez más hacia el Lejano Oriente, constituyendo la columna vertebral del poderío energético ruso. Sin embargo, esto no es nuevo en la historia de este país; pues, como señala Goldman, "...el petróleo ha jugado un importante, sino es que crucial, rol en la vida económica y política

de Rusia. Pero al igual que en otros países ricos en recursos, este rol no siempre ha sido positivo." Así a la denominada "enfermedad holandesa" provocada por el petróleo, se ha sumado la "enfermedad rusa". Esta provoca que conforme las industrias del petróleo y el gas dominan la economía de un país, sus instituciones democráticas se tornan más débiles. Ejemplo de ello, es Venezuela además de Rusia.

El auge de la industria energética rusa ha convertido a esta potencia, quiera o no Vladimir Putin, en una superpotencia energética, que puede poner a temblar a la Unión Europea y generar inestabilidad en los mercados mundiales si decidiera cerrar la llave de algunos de esos gasoductos, como lo demuestra Goldman.

La Rusia de Putin ha entendido, como no lo hicieron los anteriores líderes –sobre todo los soviéticos–, que la industria petrolera y gasífera es, por naturaleza, oligopólica y que los gasoductos son monopólicos, porque comercialmente no es rentable competir con las instalaciones existentes. En tal esquema el control sobre los recursos energéticos, su extracción, transporte y comercialización –como lo hace la principal empresa rusa Gazprom, de capital gubernamental– constituye un factor que promueve y favorece los intereses políticos y económicos del país.

En este nuevo escenario Moscú se ha convertido en un jugador clave entre las grandes potencias, como lo evidenció el discurso de Putin en la conferencia de seguridad del 10 de febrero del 2007 en Munich. Momento en el que anunció el inicio

de una nueva guerra fría e identificó una serie de nuevas amenazas a la seguridad internacional.

En definitiva el nuevo rol de EE. UU. y Rusia se produce en el marco de la globalización 3.0, creando un escenario *sui géneris* a inicios del siglo XXI, en el que las fuerzas mundiales y los nuevos actores (sobre todo los individuos) parecen responder

a reglas del juego que aún no han sido claramente internalizadas. Al mismo tiempo que las fronteras estatales se tornaron porosas y obligan a construir muros ante los movimientos transnacionales que escapan al control del poder central de los estados, otrora soberanos e independientes, lo cual hace pensar en el neomedievalismo a que se refirió décadas atrás Hedley Bull.